

La Comisión

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Comisión (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Aquello surgió de la repulsa de Natalio Andrade, quien nunca fue propenso a tolerar a pródigos y reticentes, que acumulaban persistentes infracciones a sus normas; a ellos acusaba y despreciaba con un alma llena de tacañería. Solían crear escenas primitivas de un drama debido a la proliferación de sus torpezas, y lo habían caracterizado mal, o hicieron la suposición gratuita que podrán prevalecer con sus manías y rarezas en el medio de su living.

Esa era una cuestión que se había repetido a lo largo de angostos periodos: un padre hacía exámenes imprescindibles sobre las cualidades del acompañante que le traía su hija, trabajo que abordaba con mucha seriedad estudiando sus motivos, posibilidades, y si era merecedor del regalo de pasar un tiempo con ella. ¿Porque qué cosa era el deseo más que una engañosa fabricación de los instintos?... este duraba una fugacidad y era falible para indicar el camino del destino, por lo que jamás había que integrarlo a lo real, sino que había dejar que vegete en el desván de las fantasías. La libertad era una tontera: era mejor hacer valer el predominio de la experiencia sobre infantiles intuiciones.

Las jóvenes eran muy precipitadas, no analizaban las cosas propiamente, y mantenían vínculos hacia quienes no tenían reales afinidades, sino sentimientos esporádicos y serviles surgidos de la fragilidad del corazón. O sea, eran individuos que provocaban cierta elasticidad en el rostro de una hija, que poco tiempo atrás contorneaban sonrisas ante la entusiasta admiración que habían sentido por su padre. Así era apropiado debatir con ella el aspecto que debía tomar su realidad; a esa edad estaban enrevesadas con lo primero que les salía al paso, con ideas que tienen más cercanía con los sueños que con rígidos hábitos intelectuales.

Andrade era un abogado aferrado a intachables principios, que sabía deshacerse cuanto antes de los problemas tuvieran características ilusorias o reales. Y no quería saber nada con escándalos, sino poner un directo énfasis en soluciones de desagradables contratiempos. Cortar de raíz los falsos planteamientos de su hija Teresa, que eran al final

demostraciones de su inmadurez psicológica.

Aún ella no entendía que ocasionaba una verdadera humillación a su padre, el recibir a Paulo Roslen, un oportunista que solía hacer jocosos comentarios de temas muy serios. Todas las instrucciones que le había dado a Teresa, como padre, habían sido claras, y estaban relacionadas con la santa distinción que era necesario hacer entre el espíritu y los instintos. La niña tenía que reaccionar, y dejar de justificar al sarcasmo de ese joven que era apenas una caricatura, casi una burla indistinta de lo que tenía que ser un hombre. Y aquello que ella no cumplía de acuerdo a sus ordenamientos pragmáticos de Andrade debía ser tirado a los fondos del mar, por decirlo sin un metafórico sentido.

A menudo Andrade citaba lo moral, criticando a quienes sólo les importaba satisfacer sus instintos; sujetos que se aprovechaban de lo que en apariencia era gratuito, cometiendo toda clase de excesos, y que a pesar de ser permanentemente reprendidos, reiteraban esas mismas situaciones casi sin hacer cambios. Andrade notaba en Paulo Roslen esos rasgos, y con su pesimista perspicacia lo señaló como alguien inconveniente para su hija Teresa. Ella caería a la nada con ese sonámbulo; un sujeto sin inteligencia, con malos modales y la variable más insulsa de personalidad. Para él se trató de una mala noticia como si un espeso granizo hubiera caído sobre la carrocería de su auto... y Teresa siendo una irresponsable joven, había sembrado en su corazón un rígido disgusto al no desistir de relacionarse con esa persona. No había elegido alguien que procurara una formación profesional, y cuya familia estuviera más o menos acomodada.... Natalio Andrade propiciaría una ruptura antes que ese noviazgo se alargara en demasía.

Desdeñables estados como angustias o alucinaciones de adolescente, habrían originado esa relación, y las conocidas deformaciones que causan los cambios hormonales. A esa edad las jóvenes eran muy vulnerables y no sabían diferenciar al trigo de la paja; o tal vez eran sorprendidas por la curiosidad ya que todavía no habían acumulado críticos juicios de valor... Esto fue pensado por el huraño hombre a comienzos de un mes de febrero que tuvo una notable brevedad; en su mente había instalado esa densa y pretenciosa retórica para abolir (o redimir) lo impertinente que había en esa realidad.

Teresa se estaba afirmando cada día más en esa falla, y corría el riesgo de armar un inamistoso desequilibrio con su padre, quién ya le había avisado de lo intolerable del embaucamiento de Roslen. Ella se erguía valerosa sobre sus pies, le preguntaba que tenía contra el pobre Paulo, que no le había molestado para nada, por el contrario, era la víctima de la permanente mala prensa que él le hacía.

Esa dolorosa acusación de ella, de tinte irracional, se situaba en esa punta del universo que era su casa, que debido a la constante intrusión de

Roslen se había convertido en una zona de guerra. Ese sujeto se estaba apropiando de su morada... por lo que no absolvería a Teresa, y no cedería frente a su falsa devoción cuando se portaba como una pequeña gata que se frotaba en sus tobillos. En ese día no entró más en polémicas con ella; sólo le pidió que confeccionara una lista de compras del supermercado. A partir de ahí, lo que Natalio Andrade efectuará, será dentro de la irreprochable lógica de un padre preocupado y no tendrá una pizca de compasión; su hija adolescente que se había entregado a lo superficial, no irá más lejos.

Andrade decidió intervenir de una vez para no quedar apresado por más incertidumbres; se dirigirá directamente a alguien específico, y le hará un análisis minucioso de lo que le estaba haciendo su hija. Estaba obligado a hacerlo porque si no, justificaría la barbaridad que se le presentaba a diario frente a sus ojos. No podía sacrificar más su tiempo, haciendo bravatas a Roslen que éste desconsideraba como si fueran lluvias que había que esperar que pasen para secar después el suelo. Ya no discutiría más con su hija ni le constataría lo inadecuado que resultaba ese joven; se trataba de un ejercicio inútil, y ella lo tomaba como una afrenta a su dignidad. El individuo arribaba a su casa al adentrarse la tarde, y se escondía rápido al escuchar las torrenciales pisadas que hacía cuando volvía del trabajo. El joven no tenía coraje para enfrentarlo, aunque no retaceaba sus parloteos; sus ánimos estaban tan exacerbados que Andrade creyó que ya habían llegado a sus límites.

Había significado un daño indefinible la traición de Teresa, y se sintió desgraciado. Puso generosas ambiciones sobre ella, y como respuesta le trajo a ese loco... no tuvo mucha suerte en espantarlo, y realmente temía que plantara bandera y se quedara en la familia. Por lo que ya no colocaría sus esfuerzos dentro del vasto lenguaje, y acudirá a alguien quien, visto desde afuera, podría parecer tener conductas extravagantes. Andrade había pagado a su hija los mejores colegios para construirle un excelente futuro, y se lo seguiría asegurando llevando a cabo ese necesario complot; será una afirmación de su fe en Teresa, por la que además dará un tributo monetario al ejecutor. Su autoridad no se había reblandecido, su astucia era la misma, y estaba determinado a hacer lo que había que hacer.

Sin hacer comentarios a su padre, Teresa leía libros románticos y bajaba la frente con tristeza; no quería escuchar más sus críticas, y esperaba que todo siguiera de acuerdo al descuido brindado por el tiempo. Al pensar en su novio, quedaba exhausta con largas sonrisas que esculpían a su rostro y lo hacían más delicado. Paulo tenía grandes méritos, aunque todavía no había esclarecido en qué sentido dirigirá su vida; en cualquier conversación, su padre imperialmente le pedía garantías que no volvería a verlo, y sus teatralidades le llenaban los ojos con lágrimas. Era como si la idea que tenía de la vida él, y la felicidad de ella, eran ámbitos que jamás coincidirían, ¿Cómo se permitía hablarle así de su amor? ¿Por qué lo

convirtió en un personaje antagónico, cuando ella le había pedido por favor que superaran sus desavenencias?

A menudo pensaba en los dulces momentos junto a Paulo que había guardado en su alma como vivencias inviolables; ella lo entendía bien, y sabía que su inútil filosofar era un cascarón que se ponía para protegerse. Era verdad que tenía una apariencia "áspera" (que incluso algunas de sus amigas habían criticado), pero cuando lo veía no podía controlar sus palpitations; haciendo aspavientos indiscernibles, había monopolizado torpemente su atención. Cuando lo veía, así como en incontables sueños, olvidaba las angustiadas predicaciones de su padre; no podía permanecer distante frente a él, y no podía evitar reírse con sus carcajadas.

Por lo que se fueron haciendo mayores los malhumores de Natalio Andrade, que comenzó a buscar una manera radical de sacarse de encima a ese individuo, al que había definido como un pequeño estorbo. Apuntó al objetivo primitivo de quitarlo del medio, pero no dentro de un devenir pasional, sino en forma fría y calculada, con la que se sustraería de cualquier responsabilidad. Era universalmente conocido lo que podía hacer un desesperado padre cuando era llevado por la vida a esa incómoda posición...

No haría más digresiones de denuncias inútiles, y antes que las fechas fueran invadidas por soles resignados, atacará a su adversario estrellándolo en el piso sin compasión. Antes que ese monstruo creciera frente a sus ojos, lo pondrá a la altura de su indignidad. El veredicto ya estaba a la vista e incluía un castigo considerable; pero no se enteraría porque no era de su agrado tener una mórbida curiosidad; sólo le interesaba que aquello quedara adentro de la sensata categoría del anonimato. Ese aprendiz de idiota se había metido salvajemente en su hogar, engatusando a su hija que aún era inocente y por lo tanto un poco tontita. ¿Qué podrá decir después de él, aparte que había sido su mala forma en el incesante ocio lo que causó su caída? Andrade sería consistente con las demandas que sentía en la sangre para mantener su mundo intacto.

Relatará al hombre que se sentará dentro de un contorno silencioso, como se sorprendió cuando llegó a su casa ese piojoso impuro: el desaseado Roslen que ciñó con sus manos de piedra a la suave cintura de Teresa, y le llenó su cabeza con raras razones con las que procuraba su admiración. El miedo a que su permanencia se hiciera ineludible había hecho que Andrade se apresurara.

II

Natalio Andrade enfiló hacia un vecino suburbio: un sitio inevitable en donde había sauces llorones y un paisaje que no se encontraba en la gran ciudad; tenía que organizar un proceso perfecto; visitaría al excelente

artífice de éste, que era un personaje lúcido y agudo que captaría muy bien sus intenciones. Ese lugar era una negación al bullicio, o más exactamente una burla a lo estruendoso; en ese barrio las cosas se veían tranquilas, pero en el interior de su cuerpo palpitaba una tensión siniestra. Todo quedaría bien fundado dentro de esa lejanía inequívoca en donde la noche que se extendía con gran solidez, haciéndose puente con la eternidad o la ilusión de un gran porvenir. Con éxtasis por haber encontrado una fórmula milagrosa, Andrade sintió que estaba a punto de encontrar la solución a su peculiar problema; Se había acostumbrado a mirar de soslayo al individuo, pero ahora lo atacará de frente. No se notaban perezas en sus gestos y con su mente ya estaba dictando cruciales instrucciones; Andrade estaba teñido de un optimismo que no despertaría sospechas. Debía avanzar con sus intención que, aunque no era buena, reunía condiciones liberadoras.

Era innegable la sombreada belleza del jardín y la elegancia de sus figuras de yeso. También había una estructura longitudinal que servía de garaje que la luz de la calle dejaba suavemente entrever; la casa a la que se introduciría a continuación estaba totalmente a oscuras. Caminó por ahí naturalmente, sin agitar sus pasos con impulsos egoístas, con una alegría que sólo puede sentir (razonó) quien posee su tipo fervoroso de altruismo. Estaba a punto de darle una lección a ese muñeco que parecía tener un martillo con el que le daba sentidos golpes en la cabeza. Andrade relatará bien lo sucedido para hacer valer sus intereses... en su introspección crítica no admitió más discusiones.

Las luces de la calle ya habían establecido sus brillos blancos; era jueves, pero podría haber sido cualquier otro día; ese tiempo era la síntesis de algo que se había extendido sin ton ni son, una truculencia sobre la cual había que discernir sus límites. Consideró que esa fecha podría ser un invento, si se consideraba que la idea era borrar cualquier dato que le diera una conexión con el nuevo mundo, al que se empeñaría en mirar como una abstracción. Él no estaba ahí, pero tampoco estaba ausente, lo que equivalía a estirar la interpretación de los hechos o hacer una lectura un tanto parcial. Andrade siguió el camino con la tensión de un toro lleno de ímpetu, que embestiría automáticamente para que la natural pereza no lo vuelque a la inacción. Por proteger a su hija se hallaba en ese punto de los suburbios, en esa oscuridad unívoca que no podía comprender del todo, pero con seguridad respetaba su significado. Como hombre le estaba dando posibilidad al tiempo, al elegir esa continuidad entre la multiplicidad de registros que había.

Con convicción recorrió esa implacable versión de la realidad; estaba a punto de hacer concordar la ruina de Paulo Roslen con una acción indeterminada. No sabía que sería, pero de acuerdo a ciertos marcos de referencia se trataría de algo desgarrador, limpio y sin dudas, malo. Ese lugar con alargadas glorietas ofrecía un buen espacio para ejercer la esperanza, y tal vez reflexionar, pero la oscuridad acotaba los espacios y

aumentaba la vitalidad de la conciencia con estudiada proporción. Calculó que al fin recuperará a su hija, y que el otro hundirá sus pies en los bajos fondos de un sudoroso barrio... apenas se representó esa pincelada de lo que ocurriría, pero únicamente se autorizó a admitir que esa relación tendrá un final abrupto.

Había reunido un buen número de informes acerca de Paulo Roslen en una carpeta con fotos en que se lo veía junto a Teresa; se lo veía opaco, en actitudes malsonantes, empalagando los oídos de su hija. Su interlocutor tendrá una visión privilegiada de lo que había sido su deshonra; incluyó cada aspecto terrorífico, lo que había tendido a destrozar su estado espiritual, y lo obligó a llevar sus pensamientos hacia romper los tabúes. Eso era fruto de un avatar desgraciado del que había tenido esperanzas que mutara por sí solo... Había hecho un trabajo duro, como el de un periodista que junta datos para el sector policiales del periódico, antes del cierre de la edición, reproduciendo en forma simbólica cada minuto de su bochorno para comprometerse servilmente con la ponzoñosa destrucción que entendía como un pathos inevitable y gozoso; cada detalle que estaba en la carpeta había sido cerciorado, y no dejó nada sin analizar.

Se encontrará con un hombre que también era un pensador, y querrá saber el alcance genuino de lo que estaría por hacer, ya que la verdad y la racionalidad siempre fueron de la mano más allá de que éstas nunca serían publicadas fuera de ese sitio. Le dirá que ese joven era un vivillo, la temida imagen de la degradación, un engaño y una muy peligrosa compañía; y se había enquistado en su hogar y hasta ahora no había podido ser rebasado, que quería acabar con sus ultrajes, y habían terminado mal sus intentos conciliatorios. Si ese hombre lo quitaba del medio, Andrade contraerá con éste una deuda clara e infinita; sólo tendría que hacer una acción prohibida que lindará con lo bufonesco.

Ese hombre había ido recomendado por Javier Maroyo, a quien no le había presentado su proyecto (sólo le había indicado dos secos y circunstanciales puntos); había sostenido con éste una conversación de presunciones en la que se tuvo en vista una cifra considerable. Andrade no opuso ninguna rebeldía porque las numerosas intermediaciones de ese tipo lo habían agobiado en extremo; ansiaba soterrar esas desagradables experiencias sin perder más el equilibrio ni enfermarse. Maroyo le advirtió que no debía saber con quién hablará, pero debía confiar en él... "porque los ojos abiertos atraen tanto la luz como la revelación de la suerte" ... las imágenes crearían incertidumbres, desmoronamientos de lo original que debía ser creído a pies juntillas, y se harían sórdidas las confesiones de la devastación. Sólo en la oscuridad podrá reclamarle con solemnidad a Santiago Pietro (nombre ficticio del hombre con quien se entrevistará) que se estableciera el anhelado ordenamiento como algo esencial que será el resultado de los problemas anteriores y no generará lirismos de ninguna

clase.

Con ese Santiago Pietro, Andrade ya sentía una ligazón secreta a pesar de no conocerlo: eran pomposos socios de algo que nadie iría a descubrir ni recordar; después el mundo no sería más un lugar abandonado a la agresión y la locura.

Natalio Andrade enfiló por un sendero de ripio, engrandeciendo su pecho con el insaciable furor que producía su actividad mental; seguiría hasta encontrarse con quién era su máxima esperanza de deshacerse del ridículo Romeo; su felicidad no era teatral sino la propia de la víctima que pasaba a ser verdugo.

Había pasado por el medio de la ajustada descomposición de colores permitida por las externas luces eléctricas; la noche predominaba, y lo que Andrade traía en sus manos, reservará al acuciante arbitrio de Santiago Pietro que compararía lo común con lo excesivo, haciendo las minuciosísimas observaciones que fueran necesarias. Éste pensará en lo impensable como sólo lo pueden hacer los grandes artistas que nunca se dedicaron a recompensar lo horrendo; tenía a su disposición suficientes recursos, y no había chance que fallara. La dinámica de los sucesos y la tranquilidad del vivir, volverán a mezclarse; Prieto haría lo expeditivo y consecuente ya que, para él, se trataría de un trabajo más.

En la casa se oía música, y puesto que le resultaba armoniosa, Andrade detuvo sus pasos y la consideró parte de una ambientación sensata; había entendido que parecía resonar más fuerte por la omisión de la luz. Se dijo que las músicas conservarían las formas del universo aun cuando se abrieran las compuertas de grandes inundaciones, éstas eran lo más próximo a un fundamento metafísico que se podía encontrar sobre la tierra. Aunque nada se dijera, las melodías permanecerían invisibles y flotando en la sala, dando sustentación a los hombres para aspirar a algo; eran la dialéctica en estado puro, la perfección que no tiene el lenguaje, insistió mientras continuaba caminando hacia lo que para unos sería una elevación y para otros el abismo.

La reunión se efectuaría de acuerdo a las clásicas operaciones de esa especie, y ya había una copita de licor esperando a Natalio Andrade en un rincón del escritorio, y otros signos vinculados a las recepciones que se suelen dar a esperados visitantes... Había un valor trascendente en la paciente espera de quien en verdad no existía, y cuyo espíritu creador anidaba en ese sitio al que había cargado con amabilidades (un buen trato era el mejor método para hacer negocios). Ese era Santiago Pietro quien también se adjudicaba el apodo de "el innombrable", y quería cerrar rápido esa operación sobre la que había especulado por un tiempo especial. En su fuero íntimo lamentaba tener que pasar por esa instancia

consoladora y no pasar en forma directa a la acción.

La sala estaba cien por cien oscurecida, y un consabido "pase" precedió al acercamiento del toско y gruñón Andrade. Éste preguntó con voz fuerte por qué cornos no se veía nada, pero esa misma fluida forma de ser suya, le impulsó a callar; en verdad entendía la causa, aunque se mostrara un tanto reticente. La porosa potencia de las sombras era lo que daría luz a su nueva libertad; no debía emitir juicios, se abstendría de hacerlos. A través de su árida voz, Santiago Pietro dijo saber lo que atenazaba a Andrade, y su fundamental papel consistía en resolverlo. Estaba ahí para sostener los sanos valores y proyectos familiares, y las acciones que llevaría a cabo serían de la mayor claridad y sencillez posible. Y al terminar le haría llegar una adicional contabilidad para que todo quedara bien procesado en su conciencia. El innombrable era una persona que sabía cómo caminar por las tinieblas sin contradicciones, y crear situaciones sin relieves específicos, que serían difíciles de entender y rápidamente olvidadas.

No hubo reconocimientos físicos entre los dos hombres: eran sombras cuyos flujos al moverse apenas marcaban una tenue división en los aires. Sólo hubo palabras temibles, sensaciones de lucidez y cerrojo, amabilidades que escondían ascos. Ambos mantenían una fastidiosa reputación del otro, y eso podía verse como suficiente fundamento para no verse las caras; los rasgos personales no debían sobresalir cuando había de por medio situaciones virulentas. Sólo sus voces generaban los efectos placebos de que existía una identificación.

Santiago Pietro no pareció distante: se interesó por el estado emocional de Teresa por quién dijo sentir una gran intranquilidad (todo el mundo se enriquece hablando bien de otros, o deseándole lozánias físicas). Aún no era padre, pero cuando lo fuera no dejaría que el azar le jugara una mala pasada. ¿Estudiaba en el bachillerato? ¿Qué la llevó a hacer esa elección tan delirante? Todas las perspectivas de ese hombre partían de un ideal puro, y las hacía con dramatismo, con palabras cargadas con preocupación.

Sin embargo, para Santiago Pietro, la relación con ella sería más semejante a la que sostendría con una piedra lunar; no era una persona con la que sostendría un dialogo incesante, sino una enigmática abstracción o a lo sumo un poema, que le permitirá ganar bastante plata. Era la causa de las quejas de su padre, y sus errores eran una bendición económica para él. Alzando levemente la voz, adujo que la realización personal de la joven sólo se lograría si la alejaba del "indeseable". Entre ambos debía haber un muro de contención sin fisuras que le cerrara el paso; y residía en él, Santiago Pietro, la posibilidad real de concretar al cambio. Gracias a su abnegada labor subsistirá en ella el orden que le permitirá madurar sin dejarse llevar por ridículos pensamientos; ya sabía de antemano la potencia de lo que él haría, de hecho, sería repetir una

vieja historia. Los enamorados loquitos serán separados por la fuerza de las cronologías de las muchachas que habían caído en sus engaños. Con buen criterio y ponderación desbastará ese problema sin apelar a innecesarias barbaries; tal vez el lenguaje contendría la capacidad de hacer al otro resignarse.

En definitiva, la solución quedará en manos de Santiago Pietro, quién parecía ser muy duro pese a que Andrade no pudo desentrañar su aspecto; éste tenía la impredecible necesidad de ojear como era su historia en sus rasgos; giraba sus ojos de un lado a otro, pero no podía captarlo, lo que le resultaba ligeramente vejatorio. Podría concebir mejor lo que sucedería si lo pudiera ver, y en ese sentido dijo algo sardónico que incluía sus mañas profundas; ese hombre poderoso que estaba dispuesto a ayudarlo no se prestaba a la solidaridad de entregarle una imagen suya... Eso era algo que irrumpía en su mentalidad como falta de franqueza. Con esfuerzo trató de atisbarle la cara, pero la imperante negrura le impedía obtener una descripción física, apenas se percataba de su presencia por su grueso tono de voz y el humo del cigarro que fumaba, que antes había quedado melifluo en el cenicero.

Eso lo estorbó y en pocos minutos le produjo una tos sofocante. Se le hizo intensa obsesión de verle la cara, para que se le revele la personalidad de "el innombrable" junto a cicatrices por peleas u otras abominaciones. Tomó la copita de licor, que no se trató de una mera pretensión escenográfica y según le indicó Santiago Pietro, había estado esperándolo a pocos centímetros de su mano derecha; al beber, intentó terminar con la tos y la ansiedad; con rabia se comprometió a considerar esa oscuridad como una especie de virtud.

Andrade alzó su vista: atrás de la casa habría un gran patio, y más allá suponía la existencia de generosas vegetaciones en un adyacente jardín... pero para saberlo tendría que ser clarividente, por lo que rehusó distraerse más con ese nulo paisaje. Pero no podía dejar de imaginar a Santiago Pietro, el sujeto que estaba detrás de ese jovial análisis, crítica y denuncia, de lo que hacía el joven Roslen que sembraba el caos y por semanas lo había tenido a maltraer.

Santiago expuso sus objetivos mecánicamente, como si fuera un adulto dando clases a un niño; le confió que sus métodos poseían un máximo estándar de fiabilidad, también le aseguró que no le era prioritario saber si su proceder estaría bien justificado; quería rápido ponerse a trabajar: si bien tenía abundante tiempo, había que considerarlo desde una plataforma utilitaria. Y Andrade como padre tenía la obligación de no permitir que su hija se desbandara más; una férrea disciplina era el único consejo que él se competiría a dar frente a lo que consideraba progenies díscolas. Eso dijo el hombre desde una omnipresente oscuridad, le hablaba como si fuera un cura dando un sermón o alguien que empuñaba

una alta clase de magisterio.

Andrade se distrajo un poco, y trató de precisar la altura de ese Pietro, de establecer una estimación real acerca de su fisonomía, pero volvió a sonsacar a través de su agudeza visual, una sombra sentada que sostenía un cigarro en una de sus manos y apoyaría el codo del brazo de la otra sobre el escritorio. Como líder iluminado con que pretendía ser reconocido, debería revelarse como quien realmente era.

El vacío que creaba la oscuridad no le permitía a Natalio Andrade, distinguir cual era el centro y las esquinas de esa sala. Hasta que sorpresivamente, y por un golpe de la luz de los focos de un auto que se eyectó de la calle, logró captar su definitiva forma corporal, y hasta vislumbrar los anchos detalles de su cara.

Se debió al imperio de un auto dentro del cual el empeño personal del conductor había sido súbitamente nublado por algunas gotas de más de una bebida alcohólica, que lo habían hecho meterse de contramano por esa calle. Para su suerte comprendió la situación y habiendo recuperado su independencia de criterio, subió la loma del garaje de la casa, para luego dar marcha atrás y continuar de acuerdo a la orientación legal que tenía esa vía. Al hacer esa maniobra iluminó con la crudeza de los potentes focos del auto al lugar en que se habían reunido Andrade con Santiago Prieto, y generó un efecto deprimente...

Por unos segundos el primero obtuvo con una tensión precisa a los rasgos del segundo como una triste pista de la cuestión que había planteado antes. No le llevó mucho más comprender, o valerse de una deducción inherente al trato por hacer que hubiera transcurrido por las sombras de la ilegalidad y era de orientación mercantil. La noche, con su inapelable oscuridad, había dejado de ser la única referencia de ese negocio, y le resultó paradójico ver como la luz había sembrado la diversidad, y sus disimiles razones mostraban las cosas en otro sentido.

Sobresaltado, Andrade había advertido que Santiago Pietro era un enano; un hombre físicamente minúsculo que había hablado como si fuera un ser supremo. Ese no había sido un detalle menor, sino la explicación de las sombras que con cuidado habían sido tramadas en ese lugar; estas habían sido compuestas como una virtud de acuerdo a un insobornable interés propio. La corroboración fisionómica de Santiago Prieto, originó una crisis en la concepción de ese proyecto, y a la par incrementó su cansancio. Las palabras escritas en la carne habían sido muy distintas a las que había oído de una manera ciega y aislada.

Santiago Prieto no querría ser objetado por su aspecto ya que en este se encontraba una severa contradicción: su predicación omnipotente chocaba con la vitalidad de sus rasgos. La luz había creado un falseamiento en quien únicamente debía ser contemplado como un hombre de épico

temple; su imagen había sido distorsionada por las embrujadas fuerzas de la desilusión en un cliente cuyas angustias se hicieron más difusas, al permitir que su mente fuera poblada por morbosos fantasmas.

Natalio Andrade revoleó su vista en múltiples direcciones, preguntándose si era justo dirigir su decisión acia un ideal, cuando la persona que lo llevaría a cabo era de esa forma imperfecta. Y esa fue una literal revelación: había bregado por crear una barrera que lo separara de las deformaciones cotidianas... entró en pánico: ¿no era una sedición medio bruta el anhelar lo perfecto y puro, en un mundo plagado con fallas? Había encarado mal sus miedos, sus inseguridades, y tal vez había buscado un chivo expiatorio, alguien sobre quien hacer caer todos los demonios de su imaginación. Al extraviarse de sus ideas originales, procuró descomponer su nerviosismo tomando lo que quedaba de la copita de licor. Había algo perjudicial en ese sitio, y en llamar a una preeminente destrucción cuando ya había perdido el rigor suficiente para ejecutarla.

En ese momento Andrade decidió decirle a Santiago Prieto, en forma profusa y amable, que pensará seriamente en su propuesta, y repitió como un mantra que era un objetivo válido liberarse de aquellos que lo querían engatusar... y salió a toda velocidad por el pasillo por donde había entrado, para prolongar sus pasos por la calle alumbrada, y con la lengua afuera abrir la puerta de su auto, ponerlo en marcha, y alejarse de ahí con la intención de confundirse nuevamente con los inexactos censos de la ciudad.

Fin (24-2-2018)